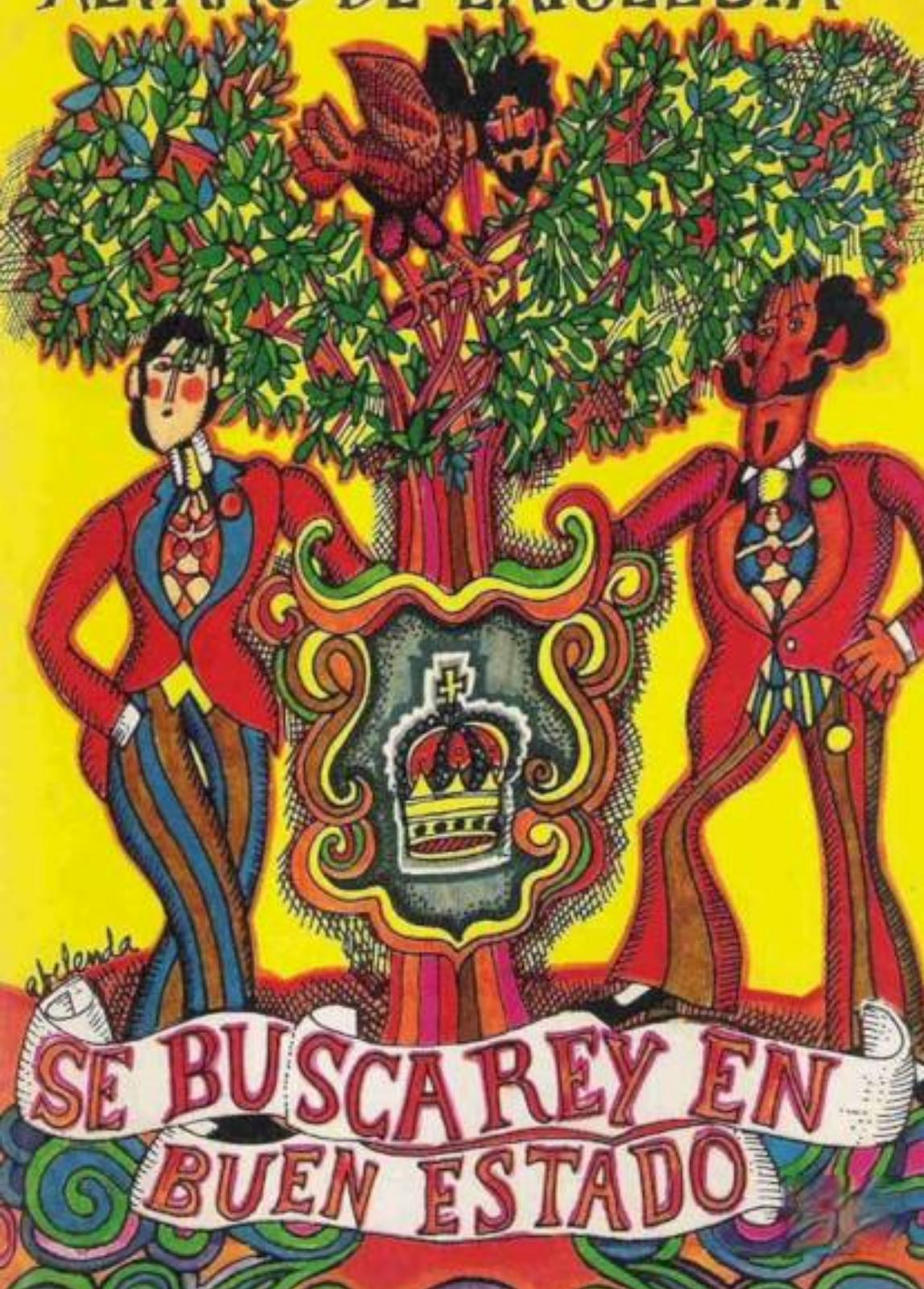


ALVARO DE LAIGLESIA



Alvenda

SE BUSCA REY EN  
BUEN ESTADO

Tras este título de tanta actualidad, se encuentra un gracioso y pelotillero prólogo de Mingote, ensalzando de manera desmesurada las virtudes del autor (su jefe en La Codorniz), y siete fábulas, sainetes, novelas cortas, o como queráis llamarlas, del año 1968.

Si no fuera de rigor, bien podría aparecer esta obra sin solapa propagandística. Primero, porque los libros de Álvaro de Laiglesia no necesitan publicidad: el público se encarga de buscarlos, de adquirirlos, de agotar prontamente los ejemplares, de requerir nuevas ediciones. Y segundo, porque esta vez, además del texto, ameno, regocijante, divertido, intenso; además de su título, atrayente, sugeridor —todos los títulos de Álvaro de Laiglesia incitan a ir más allá de lo que alcanza la palabra precisa—, *Se busca Rey en buen estado* contiene un sabroso prólogo y un exhaustivo epílogo. El prólogo es de Mingote; con decirlo quedo expresado el mejor elogio. El epílogo revela la minuciosa investigación del psiquiatra que lo firma. Uno y otro exaltan explícita y contundentemente la destacada personalidad de Álvaro de Laiglesia.

Convéngase, pues, que en esta ocasión puede muy bien prescindirse de la solapa. Conque ¡adelante, lectores!

Suspiró entonces mío Cid, de pesadumbre cargado, y comenzó a hablar así, justamente mesurado: «¡Loado seas, Señor, Padre que estás en lo alto! Todo esto me han urdido mis enemigos malvados».

ANÓNIMO

## Prólogo de un humorista

*Yo no tendría la desfachatez de presentaros a Álvaro de Laiglesia si no fuera porque hace muchísimos años que le conozco, y eso me da cierta autoridad en alvarología.*

*Álvaro es todo lo contrario de aquellos escritores de los que decía Jardiel que se ponían a escribir, no se les ocurría nada, y seguían escribiendo.*

*A Álvaro se le ocurren tantas cosas, que escribe los libros de dos en dos, y aún le sobran ideas para dárselas a los pobres, que somos sus colaboradores. Porque Álvaro tiene veinte o treinta ideas por minuto. Es el escritor más revolucionado que conozco.*

*A veces me llama por teléfono para pedirme una portada para un libro.*

*—¿De qué trata? —le pregunto.*

*Y él me contesta:*

*—No me acuerdo, porque después de ése he escrito otros cinco; pero puedes dibujar...*

*Y empieza a decirme las cosas que puedo dibujar, lo cual le autosugiere ideas para escribir otras tres o cuatro historias; porque además de estar muy revolucionado, Álvaro tiene autoencendido. Entonces yo, cuando me repongo del aturdimiento, hago una portada sabiendo que es insuficiente; porque los libros de Álvaro deberían tener cuatro o cinco por lo menos.*

*Otras veces me pide una portada para La Codorniz.*

*—Es un número extraordinario dedicado a...*

*Vacila un poco, porque ya se le han ocurrido siete temas para otros tantos números extraordinarios. Pero él me dice*

uno, porque sabe que yo sólo puedo pensar una cosa cada vez. Y después apunta con la mano izquierda todas las cosas que se le van ocurriendo mientras cuelga el teléfono.

Yo tengo una gran admiración por Álvaro de Laiglesia, a pesar de que él publicó mis primeros dibujos, que eran malísimos, y es por lo tanto el primer responsable de que yo me dedique a este oficio de hacer cosas para los periódicos, que, como decía Julio Camba, es un oficio de locos.

Muy gran periodista tiene que ser Álvaro de Laiglesia para mantener durante veinte y no sé cuántos más años una revista como La Codorniz, que ni siquiera publica esquelas, que es lo que a la gente le gusta de verdad. Y eso que cuando empezó a dirigirla Álvaro era un niño al que las personas mayores le tenían manía porque hablaba con voz engolada; sin darse cuenta de que si Álvaro hablaba así era precisamente para disimular que era tan pequeño, y para que las personas mayores no se sintieran humilladas al ver que un niño podía ser mucho más listo que ellas.

Ahora que Álvaro ya tiene barba y bigote, las personas mayores empiezan a aceptarle; y ahora precisamente es cuando Álvaro les pega las más tremendas patadas en la espinilla cuando están distraídas, que es siempre, como ya se sabe.

Esperemos que cuando las personas mayores, los pedantes y los cursis dejen de dar la lata, Álvaro consiga la gran ilusión de todos los humoristas, que es dirigir el Bole-tín Oficial del Estado. Que esto suceda pronto.

Pero yo he venido aquí a presentaros a Álvaro, de modo que lo voy a presentar:

—Aquí, Álvaro de Laiglesia. Aquí y allá y en todas partes, tus lectores.

MINGOTE

## Se busca rey en buen estado

SOLEMNES Y ESTIRADOS dentro de sus chaqués, los dos visitantes esperaban en el suntuoso salón de la «villa».

—Pensándolo bien —dijo el más esbelto y distinguido de los personajes—, no tengo demasiadas esperanzas en el éxito de esta misión.

—Pues antes de que viniéramos a hacer esta visita, no pensaba usted así —gruñó el otro, cuyo impecable atuendo oficial no lograba disimular un cuerpo rechoncho y bastante ordinario.

—Porque no había visto esta casa. Llamarla «villa» es casi una tomadura de pelo, ya que tiene todas las características de un auténtico palacio.

—No está mal, en efecto —admitió el rechoncho.

—¿Cómo que no está mal? —se indignó el esbelto—. Pero ¿no se ha fijado en el parque que tiene alrededor?

—¿Parque? ¡A cualquier cosa llama usted parque! A mí me ha parecido un simple jardín de unas pocas hectáreas.

—Porque usted acaba de llegar de nuestro país, donde el terreno se regala todavía al que lo quiere cultivar. Pero aquí estamos en Europa, y en la mejor zona de la Costa Azul. Y tener aquí «unas pocas hectáreas», como usted dice despectivamente, es muchísimo más caro que poseer allá un rancho de doscientos kilómetros cuadrados. Sin contar el valor de esta casa, que debe de ser incalculable. Sólo en este salón hay una fortuna en cuadros y tapices. ¿Ve usted aquel cuadro, de tamaño insignificante, que representa una señora gorda en cueros? Pues es un Rubens. ¿Y aquel

otro, en el que aparece un santo envuelto en trapos? Pues es un Greco.

—Bueno, ¿y qué? —se impacientó el rechoncho—. Lo que venimos a ofrecerle nosotros, vale muchísimo más.

—Evidentemente —admitió el esbelto—. Pero no deja de ser una contrariedad que ya posea unos bienes tan valiosos.

—¿Por qué?

—Siendo usted uno de nuestros políticos más hábiles, señor ministro, sabrá por experiencia que es más difícil comprar a un rico que a un pobre.

—Y siendo usted uno de nuestros diplomáticos más astutos, señor embajador, debería saber que no es más difícil, sino simplemente más caro.

—Usted gana —se dio por vencido el esbelto—. Debo reconocer que llega más lejos su habilidad que mi astucia.

—Quizá por eso yo llegué a ministro y usted se ha quedado en embajador, ¿no le parece?

—Es un hecho que no puedo negar, y estoy a sus órdenes para llevar a cabo esta misión como usted mande. Pero por si de algo puede servirle mi experiencia diplomática en Europa, le advierto que a la aristocracia europea hay que tratarla con mucho tacto para no herir su dignidad.

—A nadie le puede herir la proposición que vamos a hacer —rebató el rechoncho—. Al contrario: es un alto honor, reforzado con una alta compensación económica.

—Es en la oferta de ese refuerzo donde hay que demostrar un tacto exquisito —insistió el embajador—. Usted está acostumbrado a América, donde todo se compra con dinero. Pero la nobleza europea es muy quisquillosa y no se vende así como así.

—¡Bah! —despreció el ministro.

—Perdóneme: «¡bah!» no es un razonamiento, sino una excusa para no razonar.

—Todos los hombres tienen un precio —razonó el rechoncho—. Y nosotros, por caro que sea el que buscamos,

podremos pagarle lo que pida. Estoy autorizado para llegar a cualquier cifra, sin límites de ninguna clase.

—Pero —razonó a su vez el esbelto—, ¿cree usted que a un hombre que vive en este palacio, rodeado de obras de arte y con todos los refinamientos que proporciona el lujo, puede interesarle abandonar todo esto por dinero?

—No sólo por el dinero, sino también por el título.

—Títulos tiene tantos, que no le caben todos en sus tarjetas de visita.

—Pero ninguno tan sonoro como el que nosotros le vamos a ofrecer.

—Eso es cierto —tuvo que admitir el embajador—. Puede que eso le decida. Aunque yo sigo pensando que le costará mucho trabajo marcharse.

—¿Por qué?

—Observe el panorama que se ve desde aquí —le invitó el esbelto, aproximándose a una de las ventanas del salón—: Montecarlo a la izquierda, Niza a la derecha, el Mediterráneo enfrente. Estamos en uno de los lugares más hermosos de la Costa Azul. Sería imposible encontrar un emplazamiento más bello y acertado para construir una casa. ¿Cree de veras que el gran señor europeo propietario de esta maravilla, no se marchará con pena de la Costa Azul para irse a vivir a la Costa Negra?

—En nuestra Costa Negra hay también sitios muy bonitos —protestó el rechoncho—. En cuanto le quitemos ese nombre que le pusieron las minas de carbón y la llamemos Costa Morena, por ejemplo, los turistas no se asustarán y tendrá tanto éxito como ésta.

—No es a mí a quien tiene que convencer, señor ministro, sino a él.

—A él le convenceré también, ya lo verá.

—Pues ahí le tiene —dijo el embajador mirando hacia la puerta del salón, por la que acababa de entrar el dueño de la «villa».

El recién llegado era un hombre grueso y apoplético, con cuatro pelos encima de la cabeza y dos papadas debajo de la barbilla. Andaba cerca de los sesenta, pero andaba despacio porque el lastre de su barriga entorpecía el movimiento pendular de sus piernas. Su tipo, grosero y mal hecho, contrastaba lamentablemente con la belleza de todos los muebles y elementos decorativos que adornaban el salón. Vestía, si a eso se le puede llamar vestir, un conjunto veraniego que no llegaba a conjuntar; porque es imposible que reine la armonía entre una chaqueta verde, un pantalón azul, y una camisa con pajarracos estampados a la buena de Dios.

—Hola —dijo aquella especie de cerdo bípedo cuando estuvo cerca de sus correctísimos visitantes.

—Señor... —correspondió al saludo el esbelto diplomático, inclinándose ligeramente.

—Señor... —repitió la palabra y la inclinación el rechoncho.

—Señor Mulligan —completó el barrigudo—, para servirles.

—Usted perdone —se irguió el embajador—. ¿Cómo ha dicho?

—Dije Mulligan —repitió él, añadiendo para facilitar la comprensión—: con «eme» de mulo.

—Entonces —intervino el ministro, desconcertado—, tiene que haber un error.

—Yo no veo el error por ninguna parte —dijo el señor Mulligan—. ¿No querían ver al dueño de esta casa?

—Sí —confirmó el diplomático.

—Pues el dueño de esta casa, soy yo.

—¡No! —exclamó el rechoncho.

—¿Cómo que no? —enarcó las cejas el barrigudo, empezando a enfadarse—. ¡Esto sí que tiene gracia! ¿Quieren ustedes que les enseñe la escritura de propiedad? Hace dos años, pagué por esta finquita un millón de dólares. Y además al contado. Los tejanos somos así: cuando tenemos

un capricho, tiramos de talonario de cheques, y se acabó. ¿Para qué regatear? Porque yo tengo petróleo en Texas.

—Por muchos años —dijo el diplomático amablemente.

—Por bastantes, espero, ya que mis pozos son muy ricos. Y mientras no se agoten, bien puedo permitirme estos pequeños lujos. Algo cara me salió esta choza, pero dicen que los cachivaches que tiene dentro valen muchas perras. Y aunque yo no entiendo, tampoco lo discuto. ¿Para qué discutir si al fin y al cabo, por un millonaje más o menos, no va ser uno más rico ni más pobre?

—Eso es cierto —no quiso discutir tampoco el diplomático.

—También es cierto que esta «villa» es mía, y espero que ya estarán convencidos.

—Lo estamos —afirmó el ministro.

—Díganme entonces qué quieren de mí.

—De usted, nada —dijo el embajador.

—¿Cómo que no? —se asombró el señor Mulligan—. Pero ¿no dijeron que querían ver al dueño de la casa?

—Le ruego que nos disculpe —se excusó el esbelto—, pero sin duda nos hemos equivocado de «villa». La que buscamos, según las señas que nos dieron, está también en esta zona de la costa. Evidentemente, debe de ser alguna de la vecindad.

—Quizá yo pueda ayudarlos —se ofreció el tejano—, pues conozco a todos mis vecinos. Son bastante gorriones, y vienen como moscas a las fiestas que doy todos los sábados. ¿Cómo se llama la persona que buscan?

El embajador, inclinándose respetuosamente al pronunciar el nombre, contestó con cierta solemnidad:

—Hemos venido a visitar a Su Alteza Real el Príncipe Boris, heredero del trono de Capronia.

Pero el señor Mulligan, sin ningún respeto, formuló a continuación esta insólita pregunta:

—¿A Borete?

—¿Cómo? —abrió mucho los ojos el ministro, escandalizado—. ¿Qué es eso de Borete?

—Así es como le llamo yo —dijo el tejano sin darle importancia—. Porque supongo que será el mismo: un hombrecillo menudo que anda muy estirado, con el pelo casi blanco y bastante cojitranco...

—Es el mismo, naturalmente —le cortó el embajador, molesto por el tono familiar e irrespetuoso del norteamericano—, puesto que herederos del trono de Capronia sólo hay uno. Pero encuentro sumamente incorrecto que al mencionar el leve defecto físico de Su Alteza, le aplique despectivamente el calificativo de «cojitranco».

—Mire, caballero —explicó Mulligan encogiéndose de hombros—, yo entiendo poco de finezas idiomáticas, pero digo siempre la verdad sin andarme por las ramas. Y llamo cojitranco al Príncipe porque lo es. ¿O acaso no?

—Sufre una leve cojera —corrigió el embajador—, que acentúa la dignidad de su porte majestuoso. Y dado el origen heroico de la herida que le produjo esa lesión, le hace resultar más digno aún a los ojos de quienes le contemplan.

—Habla usted de él —se asombró el rechoncho— como si le conociera personalmente. Y usted me dijo que no le había visto jamás.

—Le conozco a través de los libros de Historia contemporánea —dijo el esbelto—, en los que se cuentan todos los pormenores de la revolución que derrocó la monarquía de Capronia. Uno de esos pormenores, el más emocionante quizá, es el heroísmo demostrado por el Príncipe en la defensa del Palacio Real cuando fue invadido por las turbas. Aunque entonces él era un niño, reaccionó como un hombre. Y al ver que los revoltosos asesinaban a su padre el Rey delante de sus naricitas, se puso furioso. Tan furioso, que no vaciló en arremeter a puntapiés contra todos aquellos capronios. Como era un niño, las turbas le rechazaban a empujones o dándole algún azote. Pero él volvía al ataque

una y otra vez. Hasta que un capronio (aunque a éste más adecuado sería llamarle caprón), se hartó de que el egregio niño le diera patadas en la espinilla. Y para que el niño no volviera a las andadas, ni a las patadas, le tiró un viaje con su bayoneta. Con tan mala fortuna, que el bayonetazo a punto estuvo de segarle un muslín. Gracias a la intervención de un cirujano muy habilidoso, su heroísmo no le costó perder una pierna completa; pero tuvo que pagar de todos modos el alto precio de una cojera para toda la vida.

—Pues esa historia yo no la sabía —dijo el tejano.

—Pues es Historia con mayúscula —dijo muy serio el embajador.

—Pero yo, como usted comprenderá, no voy a perder el tiempo leyendo la vida de Borete en un libro de éstos, teniéndole a él tan a mano para que me la cuente de viva voz.

—¿Reside cerca de aquí? —preguntó el ministro.

—¡Y tan cerca! —contestó Mulligan.

—¿En la «villa» de al lado quizá?

—No es una «villa» exactamente —concretó el millonario—, sino un pabellón que hay al fondo de mi jardín.

—¡Ah! —creyó haber comprendido el esbelto—. Entonces, Su Alteza Real el Príncipe Boris, ¿es su huésped de honor?

—No —contestó el dueño de la casa—: es mi jardinero mayor.

No bastaría decir que el esbelto y el rechoncho se miraron perplejos. Ni siquiera estupefactos, que es palabra más gráfica aún. Pongamos atónitos, aunque también nos quedemos cortos, y que los lectores alarguen con su imaginación la cortedad del adjetivo.

—Usted perdone —balbució el ministro—, pero me parece que entendí mal.

—Lo entendió usted perfectamente —replicó el tejano—: dije jardinero mayor, y en realidad debí decir jardinero a secas. Pero como el jardín es grande y Boris tiene una cua-

drilla de peones que trabajan a sus órdenes, la gente del país le llama «mayor». Ya saben ustedes lo aficionados que son los europeos a los títulos y cargos con nombres rimbombantes.

—Tiene que haber un error... —tartamudeó a su vez el diplomático.

—Lo hay, en efecto —admitió el señor Mulligan—: el error lo cometieron ustedes al suponer que un príncipe en el exilio podía vivir tan bien como un millonario del petróleo. Y conste que mi jardinero no vive mal, porque yo pago con largueza a todos mis empleados.

—La verdad es que estamos tan desconcertados —confesó el embajador—, que no sabemos qué decirle.

—Díganme si aún quieren ver a Borete, y haré que le avisen.

—Pues sí —decidió el ministro—, pero no se moleste. Si nos indica el camino, iremos a visitarle en su pabellón.

—Allí no le encontrarán, porque estará trabajando en alguna parte del jardín —dijo el tejano dirigiéndose a la puerta del salón—. Mandaré que vayan a buscarle para que venga. Pueden hablar con él aquí mismo. Esperen un momento, hagan el favor.

—Muchas gracias —le despidió el diplomático inclinándose cortésmente—. Es usted muy amable.

—Lo que soy es muy demócrata —dijo el señor Mulligan antes de salir—. Porque no sólo pago bien a mis empleados, sino que además no me importa que usen mis salones para recibir a sus visitas.

Cuando se fue el rudo dueño de la casa, había una profunda consternación en el rostro del finísimo embajador. El rechoncho, en cambio, sonrió malignamente cuando le preguntó:

—¿Se da usted cuenta de que se ha jugado el puesto?

—¿Yo? —se asustó el consternado esbelto—. ¿Por qué?

—Por su pésima información. Un embajador en París, al que se le pide que prepare el terreno para una misión tan

delicada, no puede cometer una pifia de esta magnitud. Su deber era estar mejor informado, para cuando yo llegara a dar este paso. Y usted preparó tan mal el terreno, que al dar el paso me he pegado un batacazo.

—Es que yo no podía sospechar...

—¡Pues vaya una birria de diplomático que es usted entonces! —estalló el ministro—. Porque toda la diplomacia está basada en la sospecha. Hay que sospechar, desconfiar y averiguar. Si usted se fía de las apariencias y no sospecha ni averigua, usted no es un embajador.

—¿Qué soy entonces?

—¡Una hermana de la caridad!

—Pero póngase en mi caso...

—Si me pusiera en su caso —le cortó el rechoncho—, lo primero que haría es pensar en hacer las maletas. Cuando le cuente lo ocurrido al Presidente de la República...

—Admito que obré con negligencia —se arrugó el esbelto—, pero insisto en que cualquiera en mi lugar hubiese cometido la misma equivocación. Yo conocía tan perfectamente la historia del Príncipe Boris, que creí en la verdad histórica y no me pareció necesario averiguar pormenores de su vida actual. Me limité a informarme de su domicilio en la Costa Azul, suponiendo que viviría con el fasto y el boato propios de su rango.

—Suposición errónea basada en las apariencias, que demuestra su absoluta falta de perspicacia.

—Permítame decirle, señor ministro, que ni siquiera un político tan sagaz y perspicaz como usted habría podido prever la transformación del heredero de un trono en jardinero de una «villa».

—Y permítame decirle, señor embajador, que se equivoca usted una vez más. En mis previsiones sí hubiera entrado la posibilidad de un cambio en la posición social del Príncipe.

—¿Por qué?

—Porque no soy tan *snob* como los diplomáticos, y no considero monstruos sagrados intangibles a las familias reales. El mismo fenómeno producido hace medio siglo por la revolución bolchevique, que obligó a trabajar a muchas Altezas en toda clase de bajezas, vuelve a producirse ahora. La causa esta vez no es el bolchevismo ruso, sino el socialismo europeo.

—¿Qué socialismo? —parpadeó el embajador.

—Si sus partidas de *bridge* y sus cócteles con la aristocracia le dejaran unos minutos libres para estudiar la política internacional, podría darse cuenta de que Europa va camino de hacerse socialista. Es lógico, por lo tanto, que la alta sociedad europea sufra las consecuencias económicas de esta evolución. A mí no me sorprende que los individuos que tenían desde hace siglos sangre azul en las venas, empiecen a tener desde ahora callos en las manos.

—Pues yo reconozco que mis deberes sociales no me han dejado tiempo para ver venir el socialismo —confesó el embajador, abrumado por el rapapolvo del ministro—. Esto, por lo tanto, me pilla de sorpresa. Y encuentro inconcebible que una mano destinada a empuñar un cetro de oro, se vea obligada a empuñar unas tijeras de podar.

—En un signo de estos tiempos. Al Viejo Continente se le derrumban sus viejas estructuras. El respeto a sus tradiciones del pasado no basta para afrontar las evoluciones que exige el futuro. Los nobles europeos tienen que vender sus lujosas residencias a los millonarios yanquis. Usted creyó que esta casa pertenecía a un príncipe balcánico, y pertenece a un rey del petróleo tejano.

—Pero creo también que un hombre tan magnánimo como usted —aduló el embajador con diplomacia— podría perdonarme fácilmente esta ligera metedura de pata.

—¿Cómo ligera, si la ha metido hasta el muslo?

—Pero el disgusto que le he dado con mi error, lo borrará con la alegría que va a llevarse con el éxito de nuestra misión.